



LA LIDIA

Revista Taurina Ilustrada.

Administración: Calle del Grenal, 27.--Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA		PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 " extraordinarios.....	" 5	Provincias: ".....	" 3	Extraordinario.....	" 0,50
		Extranjero: año.....	" 15		

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

AÑO XVI

NÚMERO 19.

Numero extraordinario ! MADRID: Lunes 16 de Agosto de 1897. ! Precio: 30 céntimos.

Fernando Gómez y García (El Gallo).

En la histórica *Hispalis*, cuyo término fecunda el caudaloso Guadalquivir, en la hermosa ciudad de Sevilla, patria de tantas glorias nacionales en todos los ramos del saber humano, nació el día 18 de Agosto de 1848 Fernando Gómez, uno de los diestros que más azares y fatigas ha pasado para poderse dedicar al toreo, al arte porque, desde muy niño, mostrara una decidida afición, y en el que fué uno de los que más justamente pudo, andando los tiempos, llamarse maestro.

En el corralón de Tablada, conocido por *el toril*, hizo sus primeros ensayos con los astados brutos, cuando contaba poco más de diez años.

Allí llevó los primeros revolcones que llenaron su cuerpo de cardenales, y allí ideó y puso en práctica el cambio de rodillas, cuya suerte fué primero el asombro de sus compañeros de aprendizaje y después de los públicos ante quienes la llevaba a cabo, contribuyendo no poco á darle un justo renombre.

En cuanto se juzgó apto para ello ya no circunscribió sus escapatorias al toril, aula taurina donde se aleccionaron tantos diestros, sino que ensanchó su esfera de aprendizaje recorriendo los pueblos inmediatos á Sevilla donde se celebraban capeas, para en ellas ir perfeccionando cuanto aprendiera, y tal maña se daba, que no tenía quien le aventajara.

Aznalcollar, la Algaba, Guillena, Sanlúcar la mayor y Rosiana podrían atestiguarlo.

Lo que hiciera en estos puntos contribuyó á que su nombre fuera corriendo entre los buenos aficionados de Sevilla y Cádiz, y á que firmara su primer ajuste torero con el encargado de organizar las corridas de Bornos, pueblo de la provincia de Cádiz, para estoquear un toro, lo que ejecutó empleando una lucida faena y una estocada, que fué la base de su porvenir como matador.

Después de haber recorrido otros puntos, hizo su presentación en la Plaza de Sevilla como banderillero el año 1869, y en dicha corrida salió un toro grande y de mucho respeto que el encargado de estoquearlo se negó á hacerlo por tener más edad de la reglamentaria, como rehusaron también efectuarlo los demás matadores. Fernando juzgó cuerdamente que era llegada la oportunidad para dar á conocer sus conocimientos en el arte, y se dirigió á la Presidencia á pedir autorización para efectuar el lo que los demás no se atrevían á ejecutar. Obtenida la gracia se dirigió al toro, y previa una faena de muleta muy lucida, le tumbó de una estocada corta en buen sitio y otra superior, hasta la bola, que le valió una ovación, mucho nombre y no pocas contrataas.

Seguir paso á paso á Fernando Gómez en esta primera etapa de su vida torera, daría á estos apuntes demasiada extensión, por lo que nos concretaremos á dar cuenta de lo más saliente, de lo de más bulto, á pesar de ser también lo más conocido de todos.

En el año de 1870 entró á formar parte de la cuadrilla de Manuel Fuentes (Bocanegra), con quien estuvo dos años, pasando luego á la de José de Lara (Chicorro), y en ella hizo su aparición en la Plaza de Madrid el año de 1873, siendo la primera corrida en que trabajó la celebrada el 20 de Abril.

Como matador de novillos, figuró por primera vez Fernando Gómez en la Plaza de Madrid el 29 de Junio del mismo año, y su trabajo satisfizo de tal modo á los concurrentes, que fué ajustado para tomar parte en alguna otra de las que se efectuaron en aquella casaca.

En el mismo año y en la corrida de toros del 26 de Octubre estoqueó dos de los cuatro que se jugaron á más de los ocho anunciados, sustituyendo á Angel Pastor, que se indispuso repentinamente.

El trabajo de Fernando durante el año agradó tanto, que la Empresa le ajustó para 1874, en el que toreó agregado á

la cuadrilla de Machío, hecho que demuestra las cualidades que poseía Fernando para la profesión, y de que pudo vanagloriarse por ser de los contados diestros que en los tiempos modernos se han ajustado solos en una Plaza de la importancia de la de Madrid.

Tales adelantos hizo en el arriesgado ejercicio, que al terminar el año de 1875 su nombre figuraba ya entre el de los buenos toreros.

El día 16 de Abril de 1876, su antiguo jefe Manuel Fuentes (Bocanegra), le otorgó en la Plaza de Sevilla la alternativa de matador de toros, y con tal categoría pasó poco después á la Habana, donde alcanzó no poca fama.

Al regresar á la Península, no pocas Empresas de importantes Plazas procuraron que el nombre del Gallo figurara en sus combinaciones, alternando con los más afamados toreros de aquella época.

En 1880 el empresario de la Plaza de Madrid ajustó al ya afamado lidiador para tomar parte en algunas corridas de la temporada, siendo la primera en que se presentó la efectuada el día 4 de Abril, en la que Francisco Arjona Reyes (Currito), que estoqueaba con el joven torero por primera vez, le cedió la muerte del primer toro de la fiesta.



El éxito obtenido en la temporada hizo que fuera ajustado para el año siguiente, en el que siguió mereciendo unánimes aplausos y conquistando muchas simpatías.

Fué también ajustado como tercer espada para los años de 1882, 83, 84 y 85, en el primero de los cuales, y en el mes de Septiembre, dió á conocer en Madrid al célebre Guerrita.

Sostener como sustuvo Fernando Gómez (el Gallo) su puesto de tercer espada en la Plaza de Madrid, al lado de Lagartijo, Currito, Frascuelo y Cara-ancha, con general aplauso, es uno de los timbres más gloriosos que pudo exhibir siempre entre todos los compañeros de profesión y que le dan el título de ser un buen torero.

Durante el invierno de 1885-86 pasó ajustado á Montevideo, y á fines de 1888 se embarcó para la Habana, de donde pasó á Méjico, donde toreó varias corridas, obteniendo en estas expediciones honra y provecho.

Relatar las magistrales faenas que no sólo en la Plaza de Madrid sino en cuantas trabajara ejecutó Fernando Gómez durante los años de 1880 á 1890, no es, ni puede ser, el objeto de estas líneas, pues conocidas son de todos, y ellas fueron las que no sólo le dieron nombradía, sino el título justísimo de maestro del toreo clásico, título merecido, porque Fernando tuvo durante su vida la facilidad que pocos, de saber enseñar á cuantos con él torearon le mucho que sabía.

Desde 1890 á últimos de 1896, la fortuna no se le mostró propicia y escasearonle los ajustes, en lo que no dejaría de influir el que también en el torero iban menguando las facultades, porque no en balde pasan los años.

Esto le decidió á despedirse de la profesión, organizando algunas corridas al efecto, de las que, por razones que no son del caso, solo llegó á efectuarse una en Barcelona.

Tenía ya casi ultimada la que á fines del corriente año había de celebrarse en la Plaza de Madrid, con la coopera-

ción de Mazzantini, Guerrita y algunos otros acreditados espadas, cuando la enfermedad que le aquejaba, avanzando con rapidez, le ocasionó la muerte el día 2 del corriente mes de Agosto.

Fernando Gómez deja una suerte suya propia, que ensayó y practicó siendo pequeño, como queda indicado, en el corralón del toril, que nadie ha ejecutado con la precisión que él, entusiasmando á los públicos: el cambio de rodillas á que muchos llamaron la suerte del perdón, porque con ella conseguía borrar ante los públicos alguna faena desgraciada ejecutada anteriormente.

Fué el Gallo un banderillero notabilísimo, un lidiador que supo adornarse como pocos en todas las suertes de capa, que ejecutó largas magistrales, que corrió á los toros por derecho, y que hizo con ellos cuanto hayan podido efectuar los más afamados diestros de todos los tiempos. Manejó la muleta con gran elegancia y soltura, y fué, en una palabra, uno de los diestros que mejor han conocido y practicado el arte de torear, al que imprimió siempre especial clasicismo.

¡Lástima que con ser maestro, fuera deficiente en el momento de entrar á matar!

Entre los diestros que han toreado á sus órdenes figuran los picadores Bartolesi, Bastón, Fuentes (F.), el Chato, Crespo, Artillero, Pimienta, Trescalés y Melones; los banderilleros, Cortés, Anillo, Cuatrodedos, Morenito, Almendro, Guerrita, Saleri, Lobito, Zoca, Recaterillo (Luis), Creus, Jarana y Tenreyro, y los puntilleros Jaro y Mejía.

Ha dado la alternativa de matadores al Marinero, Espartero, Minuto, Fuentes, Lesaca y Algabeño.

Fernando deja seis hijos, y el mayor, Rafael, ahijado de Guerrita, ha abrazado la profesión de su padre, aleccionado por él, y que ya ha toreado en diferentes Plazas con general aplauso y haciendo concebir esperanzas de que sustituirá dignamente al autor de sus días.

Las cogidas.

Las principales que tuvo Fernando Gómez (el Gallo), durante su vida torera, fueron: una, su bautismo de sangre, toreado en Quintanilla (1869).

Segunda: Madrid, 19 Abril 1874.— Resulta con una grave herida en el muslo derecho.

Tercera: Sevilla, 1875.— En un beneficio del Tato, al dar el cambio de rodillas sin capote, en que sufrió una herida en el antebrazo izquierdo.

Cuarta: Toledo, Agosto 1879.— Sufrió la fractura de la clavícula derecha.

Quinta: Madrid, Mayo 1880.— Resultó con una luxación completa en la región clavicular derecha.

Y Sexta: Madrid, Junio 1884.— Sufre una herida en la base y cara inferior del pene y región escrotal anterior.

Descanse en paz el veterano torero, gloria del arte, á quien dedica hoy su número LA LIDIA, y de quien conservarán imperecedero recuerdo los buenos aficionados.

L. VÁZQUEZ

ALGO SOBRE JAMANCIA

Lo que hace el hombre por comer!— frase que cita Estébanez en su chispeante libro *La Milicia* como proferida por un pirata que nunca había visto frailes, al ver en un buque á un reverendo, así que le explicaron cuál era á bordo su *misión*.—Todos somos más ó menos misioneros, pero pronto se echa de ver que si la *misión*, por ejemplo, de escribir proclamas en Manzanares ó en Alcolea, lleva á sus autores derechamente á una poltrona, los que tienen el poco acierto de firmarlas en el cuartel de San Gil ó en Badajoz, están en potencia propincua de dar con sus huesos en Ceuta ó en Melilla.



Nosotros nos hemos conferido la *misión* de escribir en LA LIDIA, siendo tan aficionados al toreo como pueden serlo D. Cándido ó Sobaquillo, pero con el natural recelo de que nos falta mucha de la inteligencia técnica que á esos señores les sobra.

Es verdad que los *bichos* se pueden estudiar en dos estados muy diversos, á saber: *antes y después* de la brega.

Antes, estoy (doloroso es confesarlo), fuera de cacho y muy expuesto á una cogida; *después* ya estoy en los medios y puedo campar por mis respetos.

Sabido es que los ingleses llaman al toro *Bull* y á su carne muerta *beef*, al carnero *Sheep* y á su carne *mutton*, etc., etc. Pues dicho se está que se nos alcanza más del *beef* y del *mutton*, que de los animales de cuernos cuando están vivos.

Un alemán que se perdía de vista, el señor de Goethe, decía en su jerga «*Der mensch is was er iszt*», es decir, el hombre es lo que come.

El famoso doctor inglés Johnam, decía: *el que bebe cerveza piensa cerveza*. Afirma uno de los biógrafos del autor del *Fausto*, que sin tener fama de borracho, solía Goethe vaciar al día unas tres botellas de vino, y con esa minuciosidad tudésca, demuestra que en los ochenta años que vivió el gran poeta, despachó la cantidad de 61.520 botellas de vino, que calculadas á 10 francos como término medio, nos llevan á la enorme cantidad de 615.200 francos bebidas por el gran pagano.

Si Luis XIV no hubiera sido un gastrónomo que casi rayaba en glotón, ¿cómo hubiera podido platicar á un mismo tiempo con La Vahieres y la Montespan, la Fontanjes y la Maintenon?

No estoy yo muy seguro de que el estilo sea el hombre, porque siempre me he llevado solemnísimos chas-

cos al tratar de los autores cuyas obras conocía, y que yo me los fantaseaba tan diferentes de como son en la realidad. Pero la regla de que el hombre es lo que come, es infalible y no engaña jamás. ¿De qué y cómo se alimentaba nuestro amigo Alonso Quijano el Bueno? Ni se ocupaba del asunto; idealista exagerado se hubiera mantenido de aire como los camaleones. Sanchito, en cambio, nació para comer... El león, el águila, se alimentan de carnes; el cordero y la paloma de vegetales.

Dice un refrán español: *A la mujer y á la mula por la boca les entra la hermosura*. Creemos que el refrán no se ha de limitar á las mujeres y á las mulas.

La raza inglesa, tan robusta, tan aventurera, tan pensadora, alimentándose de *roast beef*, domina el mundo; los chinos y los indios que se alimentan de arroz, son razas degeneradas y tímidas.

Si *tripas llevan pies*, que no *piestr tripas*, es evidente que en la oficina del estómago es en donde se fragan las intrigas, los lios y los belenes que traen revuelta á la sociedad.

Los grandes poetas de la antigüedad solían ser pobres como las ratas; pero los grandes poetas de este siglo han sido todos, con alguna rara excepción, grandes personajes.

El famoso Victor Hugo, Byron, Goethe, el Lord Tennyssen, no me dejarán mentir. Pero dejando á los poetas á un lado, no se puede negar que el vigor de una raza aumenta á medida que su alimentación mejora, y que la *carne* es, no como algunos imaginan, un incitativo de la gula, sino un gran elemento de civilización. El número de toros que se corrieron en la Plaza de Madrid en el año pasado de 1896, fué de 237, y no creemos estar muy lejos de la verdad si afirmamos que en toda España se matarían el año pasado unos 2.000 toros corridos en Plaza, lo que supone unos 750.000 kilos de carne vendida á bajo precio y aprovechada por los pobres, haciendo caso omiso de la carne de los caballos que, con el nombre de salchichón ó de mortadela, habrán consumido las clases acomodadas.

Véase cómo las corridas de toros, esa fiesta nacional que sólo desagrada á esa gente de poca sombra, que no tienen *ángel* ni para tirarle el sombrero á los pies á una flamenca que dé la hora, además de todas las ventajas que se enumeran con tan galana erudición en el sabroso libro *División de plaza*, ayuda á los gobernantes en la resolución de uno de los grandes problemas sociales, dando á comer á los pobres carne barata. No sabemos, y casi nos atrevemos á sospechar que no, si alguno de nuestros eminentes estadistas habrá hecho un estudio sobre lo que se come y se bebe en los días clásicos de corrida.

Sabido es que en esos días nadie come en su casa, nadie se conforma con la modesta puchera; es un día de expansión y de jaleo, y sin que se cometan, ni por asomo, los crímenes ni aun los excesos de un día de *carrerías* en Inglaterra, claro es que están de enhorabuena los hoteles, las casas de comidas, los cafés y las tabernas.

Los puristas, los que no se hacen cargo que si el mundo va avante á toda fuerza, es de necesidad que la *lengua* no de fondo en el siglo XVI ó XVII... aparentan indignarse cuando gente de chispa como D. Cándido, P. P. T., *Sentimientos*, *Sobaquillo* ó el *Alguacil*, fomentan esa literatura tan original y chispeante...; tengo para mí que eso depende en gran parte de la impotencia de los críticos para imitar á esos modelos, bien así como encuentra bárbara la caza el que no sabe cargar una escopeta, ó le parece brutal la equitación porque no se atreve ni á montar en burro. ¡Cuánta frase gráfica, oportuna y discreta ha pasado del redondel á los salones!

Lo que si es deplorable, es que, supuesto que la Academia de Medicina de París dió un informe tan favorable á la Hipofagia, el pueblo poco ilustrado persista en no comer la carne de los caballos muertos en Plaza.

Apenas hay soldado, marinero ó preso, esto es, gente que están obligados á comer lo que les dan, sin que nadie les pregunte lo que prefieren, que no coma con fruición un gato, una rata, una culebra... ¿Por qué no han de comer los caballos muertos en Plaza siempre que no estén estos animales enfermos de una enfermedad transmisible al hombre?

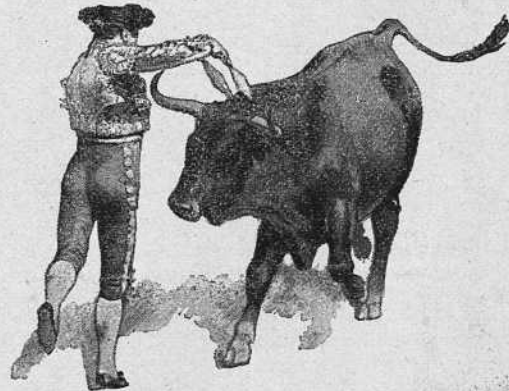
Quizá en nada obra tanto la imaginación... á propósito de lo cual he de referir un hecho ocurrido estos días pasados, que será uno más que agregar á los infinitos que ya registra la medicina legal, pero que no curan á nadie. Llegó á mí un amigo que, procedente de Córdoba, venía á pasar unos días á Madrid, con la cara demudada; apenas me dió tiempo para saludarlo, pues gritó: ¡Ay amigo, una gran desgracia! ¡Estoy herido de muerte! Lléveme usted, sin perder momento, á ver á los primeros espadas; sufro horriblemente... Pero, ¿qué es ello?, explíquese usted.

—Pues nada, que me he tragado la dentadura postiza...

Fuimos corriendo á ver á cierto discreto doctor, conocidísimo en Madrid, y mientras preparaba lo conveniente para cerciorarse del hecho, puse yo por receta de médico un telegrama urgente á su señora.

Metido en la cama, presa de violentos dolores intestinales, trasudando y pensando en sus últimas disposiciones, llegó el telegrama de su señora que decía: «Tu dentadura dentro del cajón de la mesa de noche, ¿qué hago con ella?»

Nos miramos unos á otros, y no pudimos menos de soltar la carcajada, en lo que nos acompañó de buenisima gana el moribundo, que en desagravio del susto que nos dió, pagó una comida en Fornos, y nadie hubiera creído, al verlo funcionar, que se había dejado en Córdoba la dentadura.



De todo lo antes escrito, y de otras muchas cosas que sobre ese tenor se podrían escribir, bien pudiera deducir un taurófilo que la diversión nacional española, no tan sólo recrea el ánimo, inspira sentimientos varoniles, vigoriza los nervios y nos da lecciones de verdadera democracia, sino que, abaratando la carne de las reses estoqueadas en los Circoes, hace que los pobres se alimenten mejor...; no es la gallina que el famoso bearnés deseaba para la puchera de cada uno de sus súbditos en Francia... pero algo es algo, que no se ganó Zamora en una hora.

FULANO DE TAL

Agosto 3 de 1897.

FIACRE JOURZ (LE BRECHE-DENT)

TORÉADOR ESPAGNOL

A mi amigo y compañero DON MODESTO

Simón Díaz, *el Mellado*, fué á Francia hace un año ó dos como matador de toros, no obstante la «ley Grammont.» Estuvo en Francia seis meses, y cuando á España volvió, á muchos causaba risa y á algunos admiración, porque «hablaba más *franchute* — según dijo un picador que lo admiraba en secreto — que el mismo que lo inventó.» Se hizo unas grandes tarjetas con esta leyenda atroz: — «FIACRE JOURZ (le Breche-dent) *castillain toréador*; —» porque afirmaba que *Fiacre* en castellano es *Simón* y *Jourz*, escrito con *zeda* es *Díaz* en español. No hablaba más que de Francia con extremada afición, y aplicando «á su manera»

las palabras que aprendió, armaba una algarabía y risible confusión, que según el supradicho «no lo entendía ni Dios;» lo cual que él lo atribuía á que aún en nuestra nación hay mucha ignorancia... «¡*Ilia* *bocú diñoranze*... oh!» Llamaba á las *banderillas* siempre *les petits drapós*; *le moigneur*, al *burladero*, á *la capa*, *le mantó*, *la bequille* á *la muleta* y al *gallear*, *fer le coq*. Para él *poner una vara* era *le metre* ó *toró*, *quatre-va-truás centimètres* (con la exactitud mayor); *dormirse en la cuna* era *se dormir dans le bersó*, y *herir en los mismos rubios*, *bleser dans les memes blonds*. Los nombres de sus «colegas» también «traducía» *ad hoc*: *Guerrita*, *petite guerre* y *le soveur*, *Salvador*; *petite pompe*, *Bombita* y *Fuentes*, *Monsiú des Fonts*.

A *Badila* le llamaba *Pelle á feu*, *le picador*; á *Agujetas*, *Aguilletes* y al *Cantares*, *le Chansons*. Un día que á un *mono sabio senye savant* le llamó si no sujetan al «mono» hay una «esaburión;» y una noche que á su *suegra* la trató de *vus*, se armó tal «jaleo,» que á la casa fué el juzgado de instrucción. Una vez nos contó á varios sus proezas en *Bordó* (que quiere decir *Burdeos*) y ahí va, querido lector, de cómo dió muerte á un toro *textual* su relación, por supuesto, con la misma *prosodia* del orador: *Ye dis mon toats o mer*, *á le presidan*, *e alors criant*: «¡*Dehors tu le monde!*» *ye man ves druat* ó *toró*, *marchand de savon*, *bian mis*, *brave et des plusieurs kilós*. *Lui donne en leser-paser de quatrine*, *truás en rond ye le carre bian*, *ye lie*

ye introduis le pied et tot ye le atise en cup d' epée — ¡*ju!* — *dans les tres memes blonds e san besuán de petite puante il tomba par le sol*. ¡*Oh*, *que de applaudisemáns*, *de cigares*, *de chapós*, *de vives á la mer mianne de cris e salutacions!* ¡*Comán disé le publique fu la mer e les vesós!* Para que ustedes «se enteren» como me he enterado yo, aunque con algún trabajo, inserto la traducción hecha por uno que «arregla» *piecitas* «al vapor» y está muy «adelantado» en los temas de Ollendorff (1).

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

(1) Digo mi brindis al alcalde ó presidente, y en seguida, gritando. «¡Fuera todo el mundo!» me voy derecho al toro, jabonero, bien puesto, bravo y de muchas libras. Le doy un pase de pecho, tres en redondo: lo cuadro bien, lío, meto el pie y pronto le atizo una estocada ¡jú! en los mismísimos rubios y sin necesidad de puntilla «cae por el suelo.» ¡Oh, cuántos aplausos, cigarros, sombreros, vivas á mi madre, gritos, saludos...! ¡Como decía el público, fué la mar y los barcos!

TURNO EN CONTRA

INDICAMOS en uno de nuestros últimos números, que nos ocuparíamos oportunamente del asunto de las alternativas, vuelto á poner recientemente sobre el tapete; y más en particular, de la reunión celebrada con tal motivo por algunos revisteros taurinos, y de la *campanada* que dichos honorables compañeros del gremio hicieron sonar, como resultado de tan ridículo *meeting*. Y ya que hoy disponemos de algún espacio para tratar la cosa como se merece, vamos á permitirnos unas cuantas consideraciones sobre este dilema, tomándolo desde su principio, y con el preferente objeto de que algunos no se engalenen con méritos que no les corresponden, ni otros, por un exceso de bondad ó de candor, parecidos á una sumisión ó consideración depresivas, sirvan de escabel para que cualquier ganso se envanezca con el plumaje del pavo real.

Con motivo de la corrida de toros celebrada hace poco en nuestro Circo, y en la que el diestro Antonio de Dios (Conejito) se negó á revalidar la alternativa que le diera en el de Linares su pasaiño, el espada Rafael Guerra (Guerrita), pareció mal al público de Madrid, y así lo demostró significativamente la desconsideración ó arrogancia, llámese como se quiera, del flamante matador, oponiéndose á una fórmula que es siempre del agrado de los espectadores, y que si en algo influye en un diestro, no es ciertamente para perjudicarlo, sino todo lo contrario, para irle abriendo la puerta de las simpatías. Esto no obstante, y como el muchacho cumpliera como bueno y demostrara condiciones no despreciables en el cumplimiento de su cometido para la carrera emprendida, ese mismo público, que ante todo es imparcial y justo, dió de mano al disgusto que le produjera la mal aconsejada conducta del novel espada, y premió como merecían los esfuerzos del mismo.

Haciéndose intérpretes del pensamiento de la inmensa mayoría de la afición madrileña, el mismo día de la corrida, sobre el terreno, solos con su opinión y con toda la desnudez y franqueza de sus convicciones, abordaron el asunto en la misma reseña de la fiesta, dos revisteros taurinos: el señor Rodríguez Chaves, en el periódico profesional *El Enano*, y el que esto escribe, en el de igual carácter *LA LIDIA*, entendiendo que al diestro Conejito debía considerársele como matador de novillos, ó sin alternativa, puesto que no había cumplido en la Plaza de Madrid con los requisitos necesarios para la elevación de categoría. De que esto es así, testifican los números correspondientes de las indicadas publicaciones, y de que por el pronto, los demás periódicos, que en cosas de toros se ocupan, particularmente los políticos y noticieros, no dijeron *esta boca es mía*, igualmente los ejemplares correspondientes á aquella fecha.

Creyeron muchos que después de esto, y como ha sucedido en repetidos, anteriores y parecidos casos al de autos, se archivaria el expediente, ó por lo menos se le darían largas al asunto; cuando he aquí que á los doce ó quince días, sobre poco más ó menos, el señor revistero taurino de *El Nacional*, secundado por el de *El Liberal* (es decir, la menor cantidad de revisteros taurinos posible), se acuerdan de que debían montar en cólera por el desacato del Conejito, y asumiendo una pretenciosa iniciativa, expuesta y olvidada quince días antes, convocan á una reunión de escritores taurómacos, para tomar acuerdo sobre el particular, y darse aire de haber puesto el dedo en la llaga, y ser los primeros en acometer una empresa de capital importancia. Ya se ve, ante el periodismo militante y batallador, los pobrecitos que no salimos de la concha, ni tocamos pito, ni representamos nada, ni podemos tener ideas; pero ahí están los señores de gran circulación, que se encargarán de dar como nuevas y como propias las opiniones de los demás, que no tengan la conveniente virtud de vocalizarlas ó instrumentarlas á grande orquesta! Por supuesto, que los exponentes debieron abrigar gran confianza en su descubrimiento y en la lealtad con que procedían, cuando no asumieron la responsabilidad de su proyecto *in solidum*, y apelaron á la mancomunidad.

Y ¡claro está! como los periodistas, y especialmente los taurinos, somos peces de buenas agallas y tragamos pronto el anzuelo, contestaron con una espontaneidad y un *jolgorio*, dignos de mejor causa, á la convocatoria, salvo contadas y desobedientes excepciones, entre las cuales tengo el honor ó la desgracia de contarme, ¡pues no faltaba más!... y se amasó el *buñuelo* taurino, con salsa de Conejo.

Sigo sosteniendo (y hablo solo y por mi cuenta sin convocatoria de compañeros que robustezcan mis argumentos) que la Plaza de Madrid debe ser la primera en la concesión de alternativas; debiendo, por tanto, los diestros preferir tomarla en ella ó apresurarse á confirmarla al hacerlo en otra. Razones? Respeto las de carácter histórico, artístico y pedagógico; pero no pueden satisfacerme á estas alturas. En las de la última clase, que es en las que pudiera hallar alguna más fuerza, jamás consultaría la opinión de los maestros ó matadores, porque claro es, que ellos no han de desautorizar los actos que realizan, mucho menos cuando, como los de que se trata, les dan importancia. Creo, pues, que sería conveniente prescindir en absoluto del parecer de los espadas en las discusiones sobre alternativas, por aquello de que nadie tira piedras á su tejado.

¿Qué Plaza es la que da más cartel y más nombre á un matador de toros? La de la coronada villa. ¿Qué Circo paga más y exige más á los toreros? El de la capital de España. ¿Qué población celebra mayor número de corridas y novilladas? Madrid. Pues por estas razones de carácter moderno, palpante é indiscutible, es por lo que entiendo que la Plaza de Madrid debe llevar la preferencia sobre las demás, sin privar por esto á algunas poblaciones de su derecho, que les corresponde por su importancia político-social. Estas consideraciones debieron tomar en cuenta los señores revisteros de la reunión, y llamar á su seno á representantes de la prensa taurina de provincias, que tan prensa es como la de Madrid; y seguramente que haciéndoles nosotros las concesiones que merecen, no hubieran tenido ellos inconveniente en reconocernos la preferencia que deseamos. En todas las cosas son necesarios los cimientos: lo demás es edificar en falso. Y la opinión de nuestros compañeros de provincias es, sin duda, más precisa que la de los matadores de toros que juzgan que la alternativa es válida en cualquier

Plaza. ¡Medrados estaríamos si á Guerrita se le ocurriese dársela al Bebe chico en la Plaza del Soto de Gutiérrez, en cualquier tentadero de D. Esteban Hernández, ó á Reverte al Blanquito, en su Circo particular de Alcalá del Río!...

Otro de los puntos vulnerables de la reunión de los revisteros, es el poco ó ningún sentido jurídico de que dieron muestra los congregados. Es un axioma de derecho de todos conocido, y en aquel desdichado momento olvidado, que las leyes no tienen efecto retroactivo; por consecuencia, el *cónclave* debió limitarse á legislar para lo sucesivo y no volver la vista atrás. El caso del Conejito estaba ya pasado en autoridad de cosa juzgada, y el hacerle caer dentro de las consecuencias del enérgico malhumor de los revisteros de *El Nacional* y *El Liberal* y coro adjunto, cuando á tantos se les ha indultado de la pena por igual delito, es poco justiciero, y lo que es peor todavía, menos humanitario, puesto que como resultado de ello, se le han irrogado ya perjuicios al joven diestro en el ejercicio de su profesión, y quizás no sean los últimos. ¿Y quién es la reunión de señores revisteros para perjudicar á un artista en su manera de vivir, sin asegurarle previamente la correspondiente indemnización?

Pero no paró aquí la serie de ligerezas de la reunión magna, sino que, desconfiando siempre de sus fuerzas y de su acierto, extremó los procedimientos, llevándolos hasta la autoridad gubernativa, é invulnerando lastimosamente á ésta en sus mismas ligerezas. El Sr. Conde de Peña Ramiro, con una precipitación impropia del cargo que desempeña, patrocinó una causa antipática, por complacer á unos cuantos señores que acometen una empresa sin haber estudiado sus pros y sus contras, es decir, de *mogollón*, y seguros estamos que ha de encontrarse ya pesaroso de haber diferido tan fácilmente á pretensiones que, no por hacerse en comandita, pueden ser más atinadas ó convenientes.



Mucho más pudiéramos extendernos sobre este particular; pero ni queremos cansar la imaginación de nuestros lectores, ya harto fatigada con este manoseado asunto, ni conceder más importancia á un acto, que por la falta de ciertos importantes elementos y lo desacertado de sus soluciones, no puede considerarse con fuerza ni autoridad algunas, ni tomarse en serio, aun dentro de la especialidad á que pertenecen.

Por lo tanto, el Gobernador de la provincia hará un acto de justa reparación, olvidándose por completo del memorial de agravios de los revisteros taurinos, y levantando el entredicho á que ha sometido al diestro cordobés Antonio de Dios (Conejito); pues la autoridad, antes que nadie, debe ser la primera en evitar que se lesionen intereses siempre respetables.

Creemos, pues, haber demostrado claramente que, aun siendo, como somos, partidarios de la primacía de la Plaza de Madrid en la concesión de las alternativas, reconocemos derecho en algunas otras, siempre de acuerdo con la primera, y en la inteligencia de la acción legisladora de Madrid con la de provincias; lo cual debe tener en cuenta el Sr. Peña Ramiro, por si se repitiese el caso de tener que resolver sobre otro memorial parido á instancia de cualquier D. Quijote, á quien le pase en mientes convertirse en *desfacedor de entuertos*.

Y como la reunión de referencia, queda demostrado igualmente que fué una serie de *planchas*, en la que por fortuna no nos remuerde la conciencia de haber intervenido, ni como entidad periodística, ni como particularidad de revistero de toros, claro está que dejamos patentizada nuestra disconformidad con los dictámenes en ella aprobados, y la mantenemos consumiéndolo este turno en contra.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

UNA CARTA

Por cortesía hacia el Sr. Conde de Berberana, insertamos á continuación el siguiente escrito:

«Sr. Director de «La Lidia».

»MUY SEÑOR MÍO: En el número 14 del semanario de su digna dirección, correspondiente al 12 de Julio, lei un artículo titulado *¿Se la damos?*, y como en él se

menciona mi nombre y se cometen algunas inexactitudes, suplico á usted se sirva ordenar inserten la adjunta carta en el periódico; pues si bien no estimo en el referido artículo cosa para mi ofensiva, tiene conceptos que deseo rectificar, por serme mortificantes.

»Así lo espero de su reconocida bondad y rectitud, las cuales me relevan de invocar el derecho que me asiste con arreglo á la Ley de imprenta.

»Aprovecha esta ocasión para ofrecerse de usted afectísimo s. s. q. s. m. b., EL CONDE DE BERBERANA. Burgos 4 de Agosto de 1897.»

Sr. D. José Sánchez de Neira.

Lei su artículo de usted publicado en *LA LIDIA* el 12 de Julio.

No me choca que al escribir para el citado periódico, haya considerado que es *lidia* el ir á dar caza con unos Maüser, unos Remington y un rifle, á unos toros á los cuales el arte del toreo «que vino del cielo», fué insuficiente para encerrar.

Tampoco me extraña llame usted á una de las reses *Negrís* y á la otra *Veintinueve* aunque no se llamaran así, ni alazán al caballo que yo montaba; pues tendría la culpa quien tan mal le informó de esos insignificantes detalles, como de otros de mayor importancia.

Lo que sí me extraña, es que sin consideración al grave estado en que yo me encontraba aquellos días, escribiera un artículo en broma, casi casi queriéndome tomar el pelo, faltando á los humanitarios sentimientos que deben alentar en todo pecho noble (conste no quiero decir que en el de usted no alienten), y molestándome á mí, que no tolero á gusto bromas, sino de mis amigos.

A no ser que haya usted escrito algún tratado sobre el arte de torear, acosar ó de derribar *con rifle*, no conozco ninguno, y por tanto, no comprendo por qué «hay que aprender antes, pero bien aprendido, que es el toreo de reses bravas más difícil y expuesto de lo que muchos creen».

Respecto á aplicar al caso que me produjo el accidente que hoy me aqueja, el precepto de que «nadie debe meterse donde no le llaman», existe, en mi opinión, la impertinencia que observo en todo el artículo; y la misma inexactitud, pues por una parte el caso era excepcional, y por otra, el Reglamento de la Orden de la Cruz de Beneficencia, cuyo articulado no he de copiar, se la otorga al que sin obligación arrostra un riesgo en beneficio de tercero. Esto quiere decir que no hay regla sin excepción, y que estoy incluido en esta última, no en la regla que usted quiere aplicarme.

He oído mucho que «para dar consejo es menester tener autoridad para darle, ó que sea pedido tres veces.» Yo no se la puedo reconocer á quien no conozco, y claro es que sin conocerle á usted no le he dirigido la pretensión, á pesar de lo cual usted me aconseja no lleve otra vez caballo de tanto precio como el que me prestó el Sr. Levison; que los matadores son mejores (no se por qué, cuando puede depender la vida de la calidad del caballo) y que abandone el *oficio*.

Y por ser impertinente é inexacto en todo, afirma usted que el Sr. Levison lamenta su condescendencia. Para hacer esa afirmación es preciso ser muy aventurado en suponer, desconocer la estrecha amistad que nos une, y no conocernos á él ni á mí.

Me complazco en manifestar debo la vida al arrojo del cabo de la Guardia civil Remigio Herrero, que aproximándose con un guardia á cortísima distancia, hirió al *Jirón*, obligándole á alejarse con esa nueva herida, é impidiéndole dar término á mi existencia; y ya que trato de este asunto, no puedo menos de indicar que el Sr. Cura de San Mamés del Pozo, hallándose en casa del de Basconillos, visitándole por estar éste enfermo, recibió la noticia de mi cogida llevada al pueblo por un guardia que fué á pedir un carro para que me recogieran, é inmediatamente salió, *sin arma alguna*, para auxiliarme espiritual ó materialmente. Al poco trecho me vió de lejos llevado por varios vecinos del pueblo; y viendo á los dos guardias, Herrero y Santaella, y que el toro se aproximaba á un colmenar, tomó mi rifle, y disparando á la par que ellos, cayó mortalmente herido, después de diecinueve balazos (siete míos), el hermoso *Jirón*, que seguramente en la Plaza habría sido el asombro de los aficionados.

El otro toro murió próximamente al mismo tiempo, dándole muerte el cabo del puesto de San Mamés, con grave riesgo de su vida.

La sucinta relación de hechos llevados á efecto por el señor Cura de San Mamés, me relevan de todo comentario acerca de la hecha por usted.

Le agradeceré á usted sobremanera no se moleste en contestar á estos renglones; pues dispuesto como estoy á no entablar ni aceptar una discusión periodística, molestando con ella á los lectores, no habría de contestar á su nuevo escrito sino de palabra, en caso de que fuera para mí mortificante. — EL CONDE DE BERBERANA. — Burgos 4 de Agosto de 1897.

Por escrito, de palabra y de todos modos, diremos siempre que el artículo nuestro á que se refiere el señor Conde, no contiene frase ni concepto alguno ofensivos al mismo, como así lo reconoce en la carta al principio copiada; que los hechos públicos caen bajo el dominio de la prensa; que de ésta tomamos la noticia del suceso, que en su esencia es idéntico al que menciona, y que no queremos ocuparnos más de la cuestión, porque el asunto no lo merece.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA



MÁS SOBRE ALTERNATIVAS

UNA CARTA DE «EL GALLO»

AHORA que tanto se debate en la prensa y entre los aficionados la cuestión de las alternativas, creemos de oportunidad dar a conocer la opinión del malogrado espada Fernando Gómez (el Gallo), consignada en carta dirigida al arrendatario que fué de la Plaza de Toros de Madrid, D. Santos González Trillo. Dice así, sin quitar ni poner, la citada carta:

«Mi querido amigo Trillo: Sin ninguna a que referirme, te deseo felicidad como a toda tu familia. Esta es para decirte que, enterado de que torea Minuto en esa el día 19, y como tú recordaras que cuando Currito no quiso darle la alternativa a Cuatro-dedos, por habérsela dado en Sevilla antes, le dieron una bronca buena; como yo ya se la he dado a Minuto en Sevilla, no pienso de ninguna manera volvérsela a dar en esa. Te suplico que no pongas en los carteles nada de alternativa, sino que toreará por primera vez, y con eso me ahorras que me den bronca sin razón. En fin, tú ya sabes mi idea, y dejo a tu buena inteligencia la manera de evitarme ese disgusto. Por si tú no estuvieras en esa, le escribo a Flores con el mismo fin. Es todo cuanto tengo que decirte. Recuerdos a tu familia, y tú sabes lo que te quiere FERNANDO GÓMEZ. — Sevilla, Abril 12 del 91.»

Como complemento a esta carta, que con la autorización de nuestro amigo Sr. Trillo hemos insertado, diremos que la corrida a que se refiere se jugó el día 20 de Abril de 1891, con toros de Aleas, anunciándose para estoquearlos el Gallo, Mazzantini y Minuto, no cediendo aquél a éste el primer toro de la corrida y no llegando Minuto a matar el tercero que le correspondía, porque al estar brindándolo a la Presidencia, fué sorprendido por el bicho de nombre Gijón, y se hirió con el estoque al saltar la barrera, teniendo, por consiguiente, que matar el Gallo los toros primero, tercero, cuarto y sexto.

EL TIO... LATA

— Si, amigo mío, sí; he cambiado mi sitio de abono. Dejo la barrera que era mi encanto, y me traslado a la delantera de grada; usted no sabe lo que me ha hecho sufrir mi vecino D. Ezequiel, en los dos períodos de la primera temporada.

— ¿De modo que lo ha padecido usted?...

— Todas las tardes de corrida, todas; porque yo no falto a los toros, aunque supiera tener a la derecha un demonio de azufre, y otro de alquitrán a la izquierda. Para mí la corrida es un artículo de primera necesidad.

— Como el panecillo.

— Si, señor; es mi *cocido espiritual*, digámoslo así.

— ¿Y es que ese D. Ezequiel tiene algún defecto físico?

— Ca, no, señor; es un buen mozo en toda la extensión de la palabra; gordo y rollizo está como un novillo jarameño.

— ¿Que esté rollizo y gordo? Porque se dan casos...

— Por supuesto. Pero ¡qué lata, amigo mío, qué

lata! Verá usted. En cuanto un toro tomaba una vara, muriera ó no el jamego, ya estaba D. Ezequiel encarándose con el Presidente y gritando: ¡Caballos! ¡Caballos! Mire usted — me atrevi yo a decirle respetuosamente una de las veces — que no ha muerto el caballo ni caído siquiera.

— Quite usted allá, hombre, usted qué sabe. ¡Caballos! ¡Caballos! gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Yo me callé, pero sintiendo en el alma la forma grosera empleada por el vociferador. A poco, se trataba de un toro del Duque, de más bravura que poder, lo agarró por alto el Agujetas, y contuvo admirablemente al animal, echándose por delante con arreglo a ley. Aplaudían muchas gentes, y D. Ezequiel se limitaba a decir: «Imbéciles; hoy se aplaude todo. ¡Valiente toro, que ni siquiera mata al caballo ni lo deja caer!»

— Mire usted que estamos en la octava vara, y el animal, aunque quiera mucho...

— Quite usted, hombre, usted qué sabe. ¡Caballos! ¡Caballos!

El Presidente, que sabía bastante de toros — contra toda la costumbre agitando el pañuelo blanco, mandó cambiar de suerte. Aquí fué Troya. D. Ezequiel, hecho un energúmeno, gritaba volviendo la jeta hacia el Presidente: «No lo entiende usted, no lo entiende usted», ajustando, por supuesto, la frase, al sonsonete consabido y tradicional.

Me callé al notar que le hacían coro lo menos mil ó dos mil espectadores. El pobre Presidente estaba volado; yo también. El toro, que se había hecho receloso y *quedón*, se plantó en los medios obligando a los chicos a hacer bastantes salidas falsas. Por fin, uno de los banderilleros dejó a la *media vuelta* un soberbio par; imitándolo el compañero, hizo lo mismo, yéndose por el lado contrario, y el Presidente mandó tocar a matar. Al oír el clarín, la boca de D. Ezequiel no era boca, era la porteria del infierno. ¡Qué Presidente — decía — y qué toreros! ¡Estúpidos! ¡Para eso hacemos coniales a esos necios! ¡Maldito sea quien los saca de su trastienda de ultramarinos para llevarlos al concejo! ¡Si el señor ese que nos preside es un sandío! ¡Si ha sido prestamista!... ¡Si tiene cara de lo que es!... ¡Si ya lo dijo no sé si Quevedo ó Cicerón: «El que tiene cara de bruto!...»

— Si, señor, sí... Y la mitad de los que no la tienen. Yo lo decía por D. Ezequiel, por cuya conversación íbamos poco a poco juzgando de la penuria de su entendimiento.

Brindó el matador y se fué derecho al toro, al que encontró junto a las tablas dispuesto a defenderse. El matador, que no era rana, se limitó a dar dos pases, y enderezándose y desde corto, se dejó caer con un pinchazo en su sitio, y otro, y otro, porque el animal no hacía por él, hasta que al fin hizo *doblar al toro* de una superior, *consinténdolo* antes. Estalló una tempestad de aplausos. D. Ezequiel y un tercio lo menos de la Plaza silbaban despiadadamente al pobre torero.

Yo, guiado siempre por un sentimiento de justicia no me pude contener, y encarándome con D. Ezequiel, le dije: «No lo entiende usted, no lo entiende usted». Pero sin el sonsonete consabido.

El hombre, al oírme, se puso frenético. ¡Que no lo entiendo yo!

— No, señor. El matador, los picadores, los banderilleros y el Presidente, han cumplido con su deber. El que sabe presidir, mide con acierto las facultades del toro, y no lo *apura* en el *primer tercio*, a fin de

dejarle facultades para *los dos restantes*. El toro *apura* no sirve para nada; los banderilleros han utilizado la *media vuelta*, porque las condiciones del bicho no eran para otra cosa.

— Moyano y Rodas ponen banderillas de frente a todos los toros.

— Pues Gregorio Jordán, Blayé, Matías Muñiz, Nicolás Baro y otros banderilleros de gran fama, han puesto muchas a la *media vuelta*. Con eso no perdían el tiempo que se desperdicia ahora en «ponlo aquí», «lévalo allá», etc., etc. Cuando los toros *no quieren*, hay que valerse de lo que se *puede hacer*, hay que *darles lo que piden*, no lo que uno desea. *Recibir* un toro que *no se arranca*, es imposible. ¿Qué hay que hacer con él? ¿Echarle la *media luna* ó echarlo al corral? Entonces, ¿para qué inventó Costillares el *vuelapié*? Cuando un toro *no parte*, hay que *partir* sobre él. Así dió aquel famoso diestro un paso de gigante en el arte del toreo. La mitad de la suerte, por lo menos, corresponde al toro, mejor dicho, a sus *fuerzas y facultades*. Claro es que si un toro *no hace por el matador*, éste, aun tirándose bien, no hará sino pinchar, pero mientras pinche por alto y tirándose en corfo...

— ¡Bah, bah, romances!... El buen matador mata siempre a la *primera*, y el buen banderillero cuarteo siempre también...

— Cuando le digo a usted que no lo entiendo...

— Oiga usted. Hace veinticinco años que vengo a los toros; mi padre tomó muchas tintas con Curro Cúchares en la taberna de la Margarita; se codeó en el Instituto con José Redondo, bebió mucha manzanilla con el Tato y el Salamanquino, cazó con Cayetano en Villamantilla, y toda mi ascendencia masculina ha sido *gente de cuernos*. En mi casa no se ha tomado más leche que la de vacas. Yo no pierdo un encierro, ni dejo de asistir a un apartado; conozco al dedillo la Muñoza, y...

— Sin embargo, «no lo entiende usted».

— Yo soy...

— Un *aficionado*, pero no un *inteligente*. ¡Apenas hay diferencia entre una cosa y otra!

RAFAEL MARÍA LIERN

UN MAESTRO

SONETO

Si en el arte son notas de importancia,
esmero y corrección en la factura;
en la composición gracia y frescura
y en el conjunto brio y elegancia.

Si el artista, sin necia petulancia,
hacia su fin camina con mesura,
y halla reputación firme y segura,
laureles recogiendo en abundancia.

Y al lado de figuras eminentes
interviene en la lucha sin desdoro,
y consigue, en tendencias diferentes,

que le proclame la opinión a coro,
en su especialidad hábil y diestro:
El Gallo, en el toreo, es un maestro.

DON CÁNDIDO

Agosto 1897.

MÁS SOBRE EL GALLO

A las dos de la tarde del día 2 de Agosto, y después de haber recibido los Santos Sacramentos, falleció en la huerta denominada del Algarrobo, término de Gelves, el veterano torero Fernando Gómez (el Gallo).

Amortajado por su tío D. Emilio Alcalá y el picador Pimienta, se le colocó en una de las habitaciones de la casa, sobre una modesta plataforma, a cuyos lados se pusieron cuatro blandones.

Durante la noche velaron el cadáver del célebre diestro, sus hermanos políticos, el ya nombrado Pimienta, el viejo torero Joaquín Ortiz, Vidal y Cansino.

El entierro se verificó el día siguiente, a las cinco y media de la tarde, a cuya hora se puso en marcha la comitiva.

Cerrada la caja, fué llevada en hombros hasta la salida del pueblo, por Pimienta y los Sres. Espejo, Cansino y Zambrano.

Colocóse luego el féretro en una lujosa carroza, tirada por cuatro briosos caballos lujosamente empenachados.

Al carro mortuorio seguían gran número de coches ocupados por muchos amigos del difunto, entre los que figuraban los señores Pérez de la Concha (D. T.), Vaquero, Torres Navarro, padre del Bombita, Vela, Díaz Hidalgo, Ramos, Benavente, Chaves, Hernández, Gutiérrez, Reyes, González, Cansino y no pocos de los toreros que se encontraban en Sevilla.

El día 4, a las ocho y media de la mañana, se celebraron los funerales en la iglesia parroquial de San Lorenzo, formando el duelo D. Miguel Corona, D. Francisco Mata, D. José Antonio Adalid, D. Luis Ibarra, D. Plácido Zambrano, D. Juan Cansino, D. José Martín, D. Benjamín del Vando, D. Juan Conradi, don Tomás Pérez de la Concha, D. Cristóbal Bonilla y D. Francisco Fuentes.

Asistieron al fúnebre acto, los diestros Fuentes, Bonarillo, Algabeño, Pulga de Triana, Vaquerito, Tenreyro, Blanquito, Primito y otros; los ganaderos, Sres. Halcón, Cámara (representado) y Cámara; muchos aficionados y representantes de la prensa taurina de Sevilla.

Pocas horas antes de morir, y cuando ya notó que se le escapaba la vida, llamó a una de sus hijas, le pidió papel y pluma y trazó con letra apenas inteligible las siguientes líneas:

«A mi compadre Guerrita: En la hora de mi muerte le pido que no deje sin pan a mis hijos. Se lo pide moribundo su compadre, GALLITO.»

Indicar la representación que en el toreo tenía Fernando Gómez (el Gallo), sería repetir lo que tantas veces se ha escrito por cuantos de toros se ocupan.

Fué un maestro de la buena escuela, de lo poco que quedaba: un torero excepcional que dominaba a las reses con su destreza, que unía a una inteligencia extraordinaria un perfecto conocimiento de todas las suertes del toreo, que practicaba con singular elegancia, que hablaba de toros como nadie, y que fué de los que más han enseñado a cuantos torearon a su lado.

Su muerte deja un vacío difícil de llenar en el arte, en el que se recordarán siempre sus clásicas largas, sus verónicas difíciles de imitar, sus adornos en los quites, los concluidos pases de muleta, muy especialmente los naturales, redondos, ayudados y de pecho, y el celebrado quiebro de rodillas, del que ha dicho siempre Frascuelo: «Eso no lo hace nadie más que el Gallo.» Y tenía razón. Muchos han pretendido ejecutarlo, pero ninguno lo ha dado como él.

Su campaña en la Plaza de Madrid desde el año de 1880 a 1886, toreando al lado de los dos colosales del arte, Lagartijo y Frascuelo, es la página más gloriosa de su historia, y la mejor prueba de que en el toreo fué un maestro de la buena escuela.

Para demostrar su inteligencia en el arte y sus conocimientos de las reses bravas, vamos a reproducir una anécdota:

«Toreaba con Fernando Gómez, en calidad de sobresaliente, con obligación de matar los dos últimos toros, un aplaudido matador de novillos, quien al dirigirse a cumplir su obligación, y creyendo que el toro era noble y acudiría bien, dijo a Fernando: «¿Le tantee con un cambio?» A lo que contestó el Gallo: «¡No cambies ni dos pesetas, tantéalo con la derecha y estira bien el brazo, que puede que te venga todavía corto!» Obedeció el muchacho, pasó con la derecha, estiro de verdad el brazo, y todavía, a pesar de ello, se llevó el toro con el cuerno algunos alamares de la chaquetilla.»

CARTERA TAURINA

Víctima de cruel y penosa dolencia, ha fallecido en Barcelona nuestro querido amigo el general de la Armada, comandante de Marina de aquel puerto, D. Emilio José Butrón, que era

también distinguido colaborador de nuestra Revista, y firmaba sus eruditos trabajos con el seudónimo de *Fulano de Tal*. En el presente número insertamos un curioso artículo, que tuvo la bondad de remitirnos pocos días antes de ser atacado de la enfermedad que le ha llevado al sepulcro. Descanse en paz el ilustre marino, y Dios conceda a su atribulada familia toda la resignación necesaria para sobrellevar tan irreparable pérdida.

El día 12 se celebró en Alicante la anunciada corrida de Beneficencia, que resultó aceptable por parte del ganado, y en la que los espadas quedaron por este orden: Fuentes, Mazzantini y Minuto.

En la celebrada en el día anterior en Manzanares, cumplió el ganado, y fueron aplaudidos Minuto y Conejito.

El espada Parrao continúa mejorando paulatinamente de su herida, sin haber perdido aún la gravedad.

El próximo domingo torearán en Madrid Minuto, Faico y Qunito probablemente.

Para las corridas de Valladolid ha sido escriturado últimamente el espada Reverte, que toreará en unión de Mazzantini, Guerra y Fuentes.

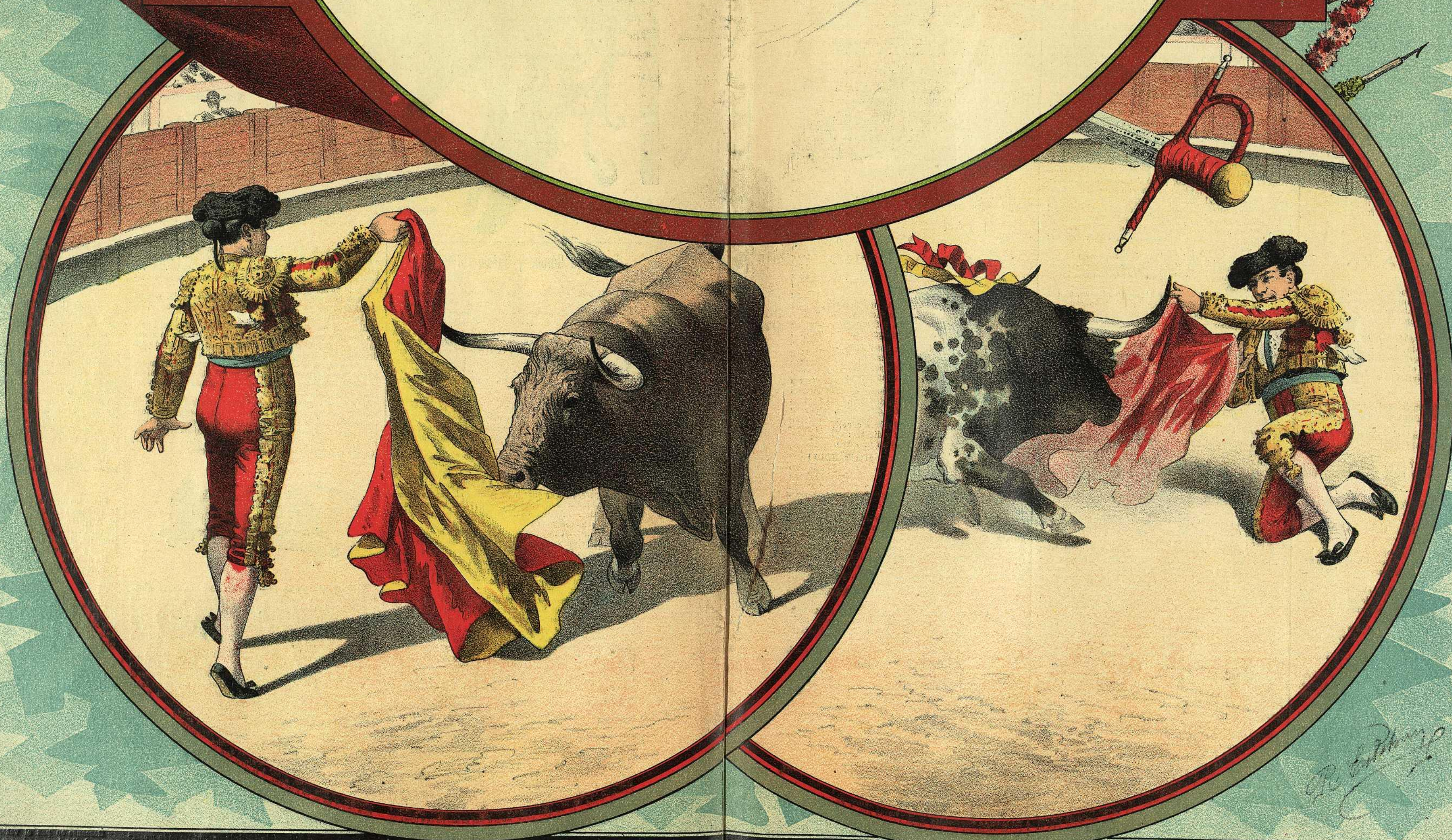
El dibujo del reputado matador de toros, Fernando Gómez (el Gallo), que damos en este número extraordinario, se debe tanto en su composición como en su colorido, a nuestro distinguido dibujante cromolitógrafo D. Ricardo Esteban.

Como apreciarán seguramente nuestros favorecedores, en este trabajo se revela un verdadero artista; y si el Sr. Esteban continúa adelantando progresivamente en la carrera en que con tan buen pie entra desde joven, no es aventurado asegurar que, en breve plazo, podrá continuar las glorias de su maestro, el genial Daniel Perea.

Nuestra enhorabuena.

Imp. y Lit. de Julián Palacios. Arenal, 27, Madrid.

LA LIDIA



FERNANDO GÓMEZ (EL GALLO)